

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Arco San Pablo, 8, 1.º

Paquete de 80 ejemplares: 1 peseta

## La Libertad de pega

No con solo pan vivirá el hombre, mas con toda palabra que sale de la boca de Dios.

Deuteronomio, VIII, 3; Mateo, IV, 4.

De algún tiempo a esta parte, muchos hijos del pueblo parecen interesarse más por el aumento de su salario que por derechos individuales. Media hora de sueto es para ellos más importante que la seguridad de que su mujer no pueda ser detenida y encarcelada por un agente de policía poco escrupuloso. Cuando los hombres piensan así, son siervos, y, además, ayunan.

Antonio Zozaya.

En un artículo de *El Liberal*, de Madrid, destinado a conmemorar la Gloriosa Revolución de Septiembre y dedicado a ensalzar la Libertad liberal, he pescado la anterior cita de Antonio Zozaya. Por asociación de ideas, he recurrido a la Biblia, y he entresacado la cita primera, y me ha parecido que el autor del Deuteronomio, el evangelista Mateo y Zozaya han incurrido en el mismo error, indisculpable para los dos primeros por hallarse inspirados por la—para ellos—sabiduría infinita del Espíritu Santo, y más indisculpable para el tercero por el deber en que está de saber, como escritor y filósofo moderno y modernista, que con la septembrina se desarrolló en España La Internacional, y con ella, prescindiendo de individuos que no se cuentan por ser cantidades intelectualmente inapreciables, puede decirse que no ha quedado un obrero que anteponga el aumento de jornal y la disminución de las horas de trabajo a los derechos individuales.

Es...—califiquelo el lector—predicar el desinterés en holocausto de una idea pura, y, a la manera eclesiástica, reservarse luego el poder y las riquezas y decir que la suprema justicia quiere que siempre haya pobres y ricos, ó que los ricos no son tales ricos, sino administradores de los pobres. Es...—algo peor que lo anterior, el lector lo reconocerá—ensalzar la Libertad liberal ó libertad burguesa, parcial, capitalista, dejando al trabajador encadenado, ignorante, anémico, despojado por el llamado derecho de sucesión, y sujeto a trabajar para el propietario por un mísero jornal, insultándole además con la afirmación de que «prefiere media hora de sueto a la seguridad de que su mujer no pueda ser detenida y encarcelada por un agente de policía poco escrupuloso».

De Zozaya, ya que no un prudente silencio si la anterior cita es expresión de su pensamiento y no un deslíz plumífero, había derecho a esperar otra cosa. ¿Tan lejos se halla del movimiento obrero que ignora la existencia de La Internacional en España, el debate que sobre ella se suscitó en las Cortes, los sucesos de Alcoy, las deportaciones a las Marianas, lo de la Mano Negra, lo de Jerez, lo de Montjuich, la huelga general de Barcelona, los sucesos de más ó menos importancia de la Coruña, de Reus y otros muchos en todo el territorio español, la prensa obrera, los mítins y excursiones de propaganda, los congresos obreros, la intervención de los trabajadores en controversias en ateneos, centros instructivos y logias masónicas, y otros muchos actos y sucesos demostrativos en grado sumo de que el proletariado español, de acuerdo con el de todo el mundo civilizado, es altamente altruista y está en las avanzadas del progreso, señalando el ideal de ciencia, de justicia y de paz? ¿Ignora que debido a tal intensidad de acción proletaria existe contra los trabajadores una especie de ley de soshos y el pacto del hambre? Merecería una lección que podrían darle los cartereros de Barcelona, actualmente en huelga por dignidad y fraternidad solidaria, y ser llamado a la verdad y al buen sentido por los seis mártires de Alcalá del Valle, encerrados en la mazmorra de Valencia precisamente por haber intentado contribuir a una huelga general, en señal de protesta contra las numerosas é injustificadas persecuciones de que eran víctimas los trabajadores españoles por la servicia patronal y autoritaria.

¡Oh mentalidad burguesa! Mucho hablar de Libertad, tocar el himno de Riego, calarse el gorro frigio, cantar la Marsellesa, celebrar con gran pompa el aniversario de la Gloriosa y dejar en pie una afirmación pontificia (encíclica *Rerum Novarum*), que

es un estigma para la sociedad burguesa lo mismo que para la sociedad cristiana, a saber:

«Es preciso dar pronto y oportuno auxilio a los hombres de la ínfima clase, puesto que sin merecerlo se hallan la mayor parte de ellos en una condición desgraciada y calamitosa... Los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte, que unos cuantos hombres opulentos y riquísimos han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos.»

Ni la ciencia misma dignifica a los privilegiados, ya que si se ha llegado a demostrar la unidad, la eternidad y la indestructibilidad de la materia, no pueden concebir, y tendrán los trabajadores que imponérsela revolucionariamente, la igualdad del derecho de todas y de todos a la participación directa y personalísima en el patrimonio universal, única y positiva base de la Libertad.

Los trabajadores españoles han leído y han oído muchas veces en sus periódicos y en sus reuniones estas palabras de Hæckel, el autor de *Los Enigmas del Universo*:

«Mientras contemplamos con legítimo orgullo los inmensos progresos realizados en el siglo XIX en la ciencia y sus aplicaciones prácticas, un espectáculo desgraciadamente diferente y menos satisfactorio se ofrece a nuestra vista, si consideramos otros aspectos no menos importantes de la vida moderna... Comparados con nuestros admirables progresos en las ciencias físicas y sus aplicaciones prácticas, nuestro sistema de gobierno, nuestra justicia administrativa, nuestra organización nacional y toda nuestra organización social y moral han quedado en estado de barbarie.»

Y no sólo sabemos eso los trabajadores mucho antes que Hæckel lo escribiera, sino que conocemos sus causas. Helas aquí compendias:

«Porque existe el salariado.» (Congreso obrero internacional de Ginebra de 1866.)

«Porque existe el monopolio de las grandes compañías que, sometiendo a los trabajadores a sus leyes arbitrarias, atacan a la vez la dignidad del hombre y la voluntad individual.» (Congreso de Lausana de 1867.)

«Porque existe la propiedad individual de la tierra y de los medios de producir.» (Congreso de Bruselas de 1868.)

«Porque existe la transmisión hereditaria de la propiedad individual.» (Congreso de Basilea de 1869.)

Y como sabemos eso, y tenemos claro concepto de la Libertad, nosotros, los del cuarto estado, rechazamos el liberalismo de todos los que sostienen el criterio de Sieyes, para quien el tercer estado lo era todo, y, rechazando además las ofensas hijas del orgullo de los infatuados defensores de la Libertad de pega, vamos a la Libertad sin distinciones, privilegios ni cortapisas, a la Libertad desenfrenada, no nos asusta la palabra, la Libertad que no admite explotadores ni hipócritas que la refrenen ni mixtifiquen: la Anarquía.

ANSELMO LORENZO

## De la Autoridad

La autoridad y la libertad son antitéticas. La libertad es el más preciado de los dones.

La autoridad, contraria a aquella es el mayor enemigo del bienestar del hombre.

La libertad es buena y necesaria, y como la autoridad se opone a ella, es preciso destruirla.

Si el hombre aspira a ser feliz, su primer cuidado para conseguirlo, debe ser anular la autoridad, suprimirla.

Existen dos clases de autoridad: la autoridad material ó de la fuerza, repugnante, abominable, inhumana, producto el más nocivo de la era salvaje del hombre, herencia la más perjudicial de las pasadas edades de incivilización y barbarie, rémora, obstáculo el más insuperable para el progreso humano, y la autoridad moral, producto natural de la superioridad intelectual y moral de unos individuos sobre otros, que se irá reduciendo a medida que una educación libre y racional acorte las distancias que separan a los hombres en cuanto a su instrucción y cultura; que es contraria a la libertad y opuesta a la

libre y espontánea manifestación de los actos del individuo, pero que en mayor ó menor grado ó cantidad, existirá siempre, puesto que jamás podrá suprimirse en absoluto la influencia que ejercen, siquiera sea al hablar, unos individuos sobre otros.

La autoridad material es dura, es bárbara, es deprimente para la dignidad, al suponer que es necesaria la existencia de la fuerza bruta para obligar al individuo a cumplir sus deberes sociales; y es altamente inmoral, odiosa é inhumana y antisocial en el más alto grado al tener por principal y casi única misión la defensa y protección de los intereses capitalistas.

Los capitalistas, los ricos, los detentadores de la riqueza social, son parásitos, son explotadores, son ladrones que en virtud de leyes draconianas por ellos confeccionadas é impuestas, viven del trabajo ajeno, usurpan lo que en justicia á otros pertenece, gastan y derrochan la riqueza social por otros producida, y la autoridad los ampara, los protege, los defiende y les facilita, atropellando y amordazando a los productores, el medio de que continúen su obra de iniquidad, de injusticia, de latrocinio, legalizada por las leyes y reglamentos que confeccionan para encubrir su maldad, presentarla como una resultante obligada de la organización social y mantener el *statu quo*, tan beneficioso á los privilegiados como perjudicial á la humanidad esclava de los productores.

La autoridad material pues, al proteger á los explotadores, es explotadora; al defender á los detentadores de la riqueza social se hace cómplice de sus crímenes; al amparar la injusticia, es injusta.

La autoridad tiene un arma en una mano y la llave del calabozo en la otra: cuando no obra es un parásito, puesto que no produciendo ha de vivir del trabajo ajeno; una fastidiosa que constantemente amenaza y asusta á las gentes buenas y pacíficas; cuando ejerce su repugnante misión priva de la libertad, hiere ó mata.

Triste es su destino; odiosa su misión! Ser bueno, ser inteligente, amar la libertad y la felicidad de la humanidad, y respetar la autoridad material, apoyarla, defenderla, es un contrasentido.

La autoridad moral, contraria á la libertad, como dejamos dicho, porque voluntaria ó involuntariamente coarta la espontánea manifestación del individuo, tiene dos aspectos: el de tiranía cuando deliberadamente se emplea para subyugar al inferior en posición social, temperamento ó intelectualidad, y tolerable, admisible y hasta beneficiosa, cuando ejercida por un individuo superior por sus bondades, inteligencia y práctico conocimiento de la vida, se emplea y sirve para, razonable y amorosamente, guiar á los niños ó á los poco capacitados, para corregir sus defectos, perfeccionarlos y elevarlos á la altura del hombre consciente, útil á sí mismo y á sus semejantes.

Sin embargo, por lo difícil que es el que la autoridad moral sea bien empleada; por el peligro que siempre existe de que el que la ejerza abuse de ella, y sobre todo por que en absoluto resulta denigrante y contrario á la razón natural el que el individuo, siquiera éste sea un niño, obre en cualquier caso bajo la coacción de otro ser, aun cuando aquella se disfraze bajo la apariencia de la educación ó del interés por el semejante, es deprimente y contraria al libre desenvolvimiento de las facultades del individuo.

De lo expuesto se infiere de modo claro y preciso que, el hombre que ame la libertad, el hombre de progreso, fiero y desinteresado defensor de la dignidad y libertad humana, debe combatir la autoridad moral, por la instrucción, la persuasión, el raciocinio, que en lo posible acorten las distancias que separan á los individuos y destruya en los inconscientes el estúpido y falso respeto al explotador por su riqueza, al señor por su orgullo, al gobernante por el espejismo que produce en el ignorante los colorines y plumas conque á modo de pavos reales se adornan nuestros torpes y tiranos mandarines.

A la autoridad material ¡oh! á esa bárbara coacción de las acciones humanas vulgarmente denominada la autoridad, debe combatirse por otros más prácticos y expeditos procedimientos: todos pueden quizá ser buenos menos los que nazcan de la razón, del entendimiento, del discurso; con quien no razona es inútil razonar; y sobre inútil peligroso, por que en ello se pierde un tiempo

precioso, necesario para la preparación de la defensa. Las balas de mauser no se paran con un discurso, sino inutilizando á quien dispara. Al tigre que nos cerrase el camino no lo separaríamos del mismo con súplicas y razones, sino arrastrándolo para apartarlo á un lado, después de haberle traspasado el cráneo con una carabina de repetición manejada con firmeza y sangre fría.

## La huelga de los granos de trigo

Casi una insignificancia, simiente ligera, pequeñísimo fruto, tallo de hierba en un surco, grano rubio en una espiga, polvo blanco en el molino, festín de insecto, en mi pequeñez poseo la humilde inocencia campesina, ocupo un lugar imperceptible en la naturaleza, suave como la tierra, ignorado de los grandes vegetales pródigos de sombra que enormes y rumorosos se yerguen hasta las nubes como las iglesias.

Tan débil y modesto, nada valgo por mí mismo; es necesario que seamos muchos. Comienzan á mirarnos con consideración cuando nos juntamos un centenar para formar una espiga; una paja nos yergue entonces un poco más arriba del suelo y á nuestro alrededor avistamos el mundo; la brisa que pasa hácenos inclinar en reverencias humildes, puesto que aunque nos erguimos, continuamos siendo modestos, siempre cosa mínima, el primero que pasa nos pisa sin querer y morimos. A nuestro lado las amapolas levantan sus pequeñas cabezas rojas y las margaritas sus estrellas blancas. Entre sus requiebros permanecemos simples, afrentados, tímidos, un poco cándidos, y los pequeños escarabajos rojos encárrmanse en las astas que los sostienen como si los podrían hacer en un mástil de caña. Ni siquiera poseemos la barba de los barbudos centenos que viven cerca de nosotros.

Por eso si nuestra importancia aumenta un poco con la espiga, hácese considerable por la asociación de las espigas, y entonces nos respetan cuando formamos un campo, y hasta el gobierno delega un guarda campestre para velar por nosotros como si fuésemos altos personajes. Nuestra humilde personalidad desapareció. Convertímonos en multitud y nuestra ídlica masa cubre la tierra. Todos procuran hacernos sitio. Los grandes y orgullosos vegetales retroceden, y por insignificantes que seamos por nosotros mismos, el número nos convierte en un elemento poderoso. Nuestras espigas ondulan como el mar agitado; combátenos como si fuésemos un ejército con las hoces, y como la mano del hombre no basta sola, es precisa la máquina que nos siega, el agua, el viento, el vapor: polvo. Y este mismo polvo es preciosísimo. Somos el pan que nutre á los hombres.

Entonces nuestra importancia crece hasta llegar á la hipérbole. De humildes y rústicos granos de trigo nos convertimos en políticos. Para los graves economistas somos los cereales. En la Bolsa nos cotizan como si fuésemos oro. Pesamos en los destinos de los imperios; hacemos las revoluciones. Por nosotros se matan los hombres. Por nosotros la sangre corre.

En nuestra humildad campesina, en nuestra benignidad é inocencia de granos de trigo, en vez de enorgullecernos, esa lucha de los hombres nos entristece.

El valor que los hombres nos imponen no lo queremos, pues está hecho de la necesidad de los hombres y del sufrimiento de los pobres. Nuestra fuerza bienhechora y dulce lo desprecia. Nosotros queríamos multiplicarnos; nuestra fecundidad inagotable está á disposición de los hombres; ofrecemos nuestra abundancia y nuestra prodigalidad naturales; un puñado de nosotros constituye un tesoro en la tierra; ofrecemos nuestros tesoros inagotables que pueden aplacar á los más hambrientos y saciar á todo el mundo. Sólo pedimos que nos siembren.

Y los hombres nieganse á eso. El ciego interés de unos cuantos lo impide. Róbannos la tierra, nos destierran. Los sembradores desfallacen ante este interés particular y las leyes intervienen para encarecernos. Formanse Ligas para restringir nuestra fecundidad. Nos hacen abortar. Y lo que más choca es que los hombres se batean por nosotros, enciérranse entre fronteras, se odian, levantando ejércitos y aduanas.

Por fin, este espectáculo nos irrita, y ante la maldad de los hombres que nos obliga, á pesar de nuestro carácter modesto y bueno, á convertirnos en objeto de lucro, tema de asesinato, nosotros, cuyo sueño pacífico es dispensar gratuitamente la vida á todos, como el cielo da el aire y el sol su luz, nos rebelamos. Nuestra naturaleza amigable no quiere, no puede soportar este papel de discordia. Vamos á declararnos en huelga sobre toda la superficie de la tierra. Permaneceremos encerrados en los surcos, pediremos á la tempestad que nos incendie con sus rayos, que nos destruya con su granizo, y al sol que nos queme. Convertirémosnos en paja inútil é estéril. Y entonces los hombres, hambrientos, comprenderán.